

RESEÑAS

HERMANN BENGTSON: *Einführung in die alte Geschichte*. Zweite durchgesehene und ergänzte Auflage. München, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, 1953. VIII + 194 págs. 8º, tela.

Aunque no se trata de un libro muy reciente, conviene señalar aquí su valor instrumental como obra indispensable en este género de estudios. El A., a quien debemos también una excelente *Griechische Geschichte* (1951) para el "Handbuch" de Iwan Müller y Walter Otto, figura entre los más ilustres helenistas actuales. Se halla, por tanto, en condiciones de ofrecer una guía de la "Ciencia de la Antigüedad" en todas sus ramas.

La primera edición de esta sólida introducción a la historia griega y romana apareció en la misma famosa editorial de Beck, en 1949. La segunda, de la cual nos ocupamos, fue reimpresa en 1953. Apenas cuatro años han hecho necesario que este libro vea otra vez la luz pública, dato que por sí solo dice bastante sobre el mérito de la obra. Reaparece con una mejor presentación material —signo de tiempos más propicios— y con la bibliografía puesta al día. Salvo lo dicho, algunas notas nuevas y una reelaboración del capítulo sobre la Cronología, el escrito no ha cambiado de edición a edición.

La materia está organizada dentro del libro en los siguientes capítulos, a cada uno de los cuales acompaña inmediatamente una extensa nota bibliográfica crítica: I. Límites cronológicos y espaciales de la Historia Antigua (págs. 1-16). II. Historia de la historiografía referente a la Antigüedad, desde el Renacimiento hasta nuestros días (págs. 17-21). III. Los fundamentos de la investigación de la Historia Antigua: Cronología, Geografía y Antropología (págs. 22-59). IV. La tradición: fuentes primarias, historiografía, leyenda y tradición (págs. 60-109). V. Los monumentos (págs. 110-117). VI. Ciencias fundamentales especiales: Epigrafía, Papirología y Numismática (págs. 118-139). VII. La Historia Antigua y las disciplinas auxiliares: Filología Clásica, Arqueología Clásica, Lingüística Comparada, Historia del Antiguo Oriente y Prehistoria (págs. 140-145). VIII. *Lexica, Corpora*, colecciones y revistas (págs. 145-152). IX. Bibliografía selecta (págs. 152-181).

Una tabla de abreviaturas y un extenso índice de nombres y materias completan útilmente la obra.

De su contenido queremos destacar el capítulo primero y las páginas (44-60) dedicadas a la Antropología. En ambas partes el A. expone ideas sanas sobre puntos discutidos de la historiografía, sosteniendo, en la primera, la necesidad de considerar la historia de los pueblos clásicos dentro de la historia general de la cuenca mediterránea, y, además, como episodio histórico íntimamente concatenado con la Edad Media y la Edad Moderna; y rechazando, en la segunda, las pretensiones de quienes, estableciendo una distinción de razas, clasifican las diferentes agrupaciones humanas en "superiores" e "inferiores" (admitiendo como superiores, exclusivamente, a los pueblos "indogermánicos"), olvidando que el concepto de raza no encuentra corroboración absoluta en las realidades de la historia.

Por la claridad y armonía con que está compuesta, así como por la honradez y el rigor de su método, esta obra, vertida al castellano, prestaría muy valiosos servicios a los profesores y estudiantes de habla española. Ojalá tenga pronto su traductor.

JORGE PÁRAMO POMAREDA

ROBERT COHEN: *Historia de Grecia*. Versión de María Luz Morales. Barcelona, Editorial Surco, 1955, 459 págs. 8º, tela.

El autor de esta síntesis es suficientemente conocido para que haya que presentar aquí: recordemos tan sólo, a título informativo, su colaboración en la parte griega de la gran *Histoire Générale* dirigida por Gustave Glotz (tomos I, II, III y IV), y el útil manual universitario *La Grèce et l'hellénisation du monde antique* (t. II de la serie "Clio", 3ª ed. 1948), textos muy al gusto francés —claridad, "esprit"—, mas también rigurosos y acordes con el estado actual de los estudios helénicos, pues reflejan tanto los progresos de la ciencia gala como los de la germánica y anglosajona en orden al conocimiento de la Antigüedad clásica. Por eso creemos que la traducción al español de cualquier obra suya debe ser bien recibida, por estimarla un servicio a la cultura general.

Puede afirmarse que este libro de M. Cohen —ya divulgado, porque su primera edición francesa data de 1935, siendo corregido y puesto al día en las sucesivas— armoniza las nuevas tendencias historiográficas, filológicas y arqueológicas con los requisitos formales de una exposición amena, luminosa, para un público ávido de cultura histórica bien orientada. Sin equipararlo, evidentemente, a otros compendios —v. gr. los de Bury, Botsford, Wilcken, Berve o Kahrsdt, magistrales en su género—, reúne bastantes méritos como libro de vulgarización. Se halla al nivel, por ejemplo, de la Nueva *Historia de Roma* de León Homo.

El A. advierte en el prefacio que su intención es ofrecer un cuadro de la vida griega, desde el amanecer egeo-cretense hasta el Helenismo; objetivo logrado plenamente y conforme a las exigencias del lector culto, no especialista, que suele desdeñar las obras con aparato crítico muy ostensible y prefiere, en cambio, las escritas de manera fácil, agradable, por quienes están capacitados para ello. De ahí que no aparezcan en esta *Historia de Grecia* notas al pie de página o al final de capítulo, reservándose el A. —como él dice hablando del lector medio y su actitud ante el historiador erudito— las pruebas de su sabiduría. El A. se limita únicamente a bosquejar

los diversos períodos de tal historia, subrayando vigorosamente sus rasgos esenciales y fiel a un propósito muy laudable: “reducir dentro de lo posible el espacio dedicado a los hechos, para aumentar el destinado a las ideas”; aparte, agrega, de “derribar ciertos prejuicios tenaces y destruir algunos clichés anacrónicos” (pág. 1, Prefacio).

Dividida en tres libros (I, “La juventud de la Hélade”; II, “La Grecia clásica”, y III, “Expansión del Helenismo”), la obra se compone de una introducción geográfica y veinticinco capítulos, en los cuales resplandecen las dotes sintéticas del A., así como su estilo rápido, vivaz, expresivo, incluso pictórico; estilo que, sin embargo, nunca se sobrepone al austero oficio del historiador. Son particularmente afortunados los capítulos IV (“La era de la burguesía y las tiranías en Grecia”) y VII (“La civilización griega en la época arcaica”), del libro primero; el III (“La época de Pericles”), VII (“La guerra del Peloponeso”) y X (“La civilización del siglo IV”), del segundo; y, en fin, los correspondientes al Helenismo, desde Filipo II hasta la conquista romana. En todos ellos revisa el A. las concepciones anticuadas o erróneas sobre determinados hechos y personajes, tratando siempre de situarlos en sus justas perspectivas o, cuando menos, a tono con las investigaciones que han renovado la problemática en lo que va de siglo. Hoy día comprendemos, en efecto, el pasado griego de modo a veces revolucionario, si se lo compara —pongamos por caso— con la serena y apolínea imagen classicista, heredada de la Ilustración y vigente —según el patrón ático— hasta no hace mucho. Pero las noticias del A. sobre la protohistoria creto-micénica, p. e., no se adaptan ya al estado presente de ciertas cuestiones, pues la escritura lineal B de las tablillas prehelénicas ha sido felizmente descifrada (como se explica en este mismo número de *STUDIA*) por Ventris y Chadwick, adelantándose cada día más en tal campo. De forma que “el bello libro de estampas cuyo texto nos es completamente ininteligible”, para repetir una frase de M. Cohen (pág. 28) relativa a nuestra anterior ignorancia en lo concerniente a dichas escrituras, revela poco a poco sus secretos.

Habría que consignar otros reparos sobre algunos puntos controvertibles o no desarrollados como sería deseable (p. e., los aqueos en Knossos, hacia 1400, y la ruina de los palacios; las causas de la colonización entre los siglos VIII y VII; los partidos en la Atenas clásica; el drama místico de Eleusis; los últimos planes de Alejandro; la primera intervención romana en el Oriente helenístico, etc.), pero no se acomodarían a la índole de esta obra, que al fin y al cabo no es sino de divulgación y, por lo demás, está sólidamente documentada.

El A., frente a los clichés en torno a Grecia, se pronuncia con énfasis. Anotemos solamente su correcta visión de la tiranía como régimen de compromiso entre la oligarquía y el demos, acreditando con ello su información sobre el tema, ya que se trasluce en el juicio siguiente: “A imitación de los antiguos —dice—, pero por razones muy diferentes, los historiadores modernos han dado a menudo pruebas de una inexorable severidad con respecto a la tiranía... Ciertamente es que la tiranía tuvo terribles defectos. Aunque no fuese tan cruel como se ha pretendido, fué a menudo dura con las grandes familias vencidas... Excepción que confirma la regla, y la regla es que en Grecia la tiranía fué una institución fecunda y necesaria. Fecunda, porque detiene durante cierto tiempo la efusión de sangre en las ciudades griegas. Fecunda, porque el tirano, una vez instalado en el poder, desea permanecer en él y se afana por la prosperidad de su ciudad. En el interior, facilita la vida material a la población, mejora la suerte de los humildes y trabaja por ennoblecer su capital. En el exterior, impulsa fructuosas empresas coloniales y comerciales. Necesaria porque la tiranía fué una transición indispensable entre el régimen aristocrático y el democrático” (págs. 78-9).

Debemos ponderar asimismo sus fugaces, pero gráficas semblanzas de las grandes figuras: Pericles, quien, "como más tarde César en Roma, 'hará democracia deliberadamente', por interés" (pág. 176); Demóstenes, cuyas virtudes retórico-políticas ensalza sin incurrir en apoloías, pero tampoco en las exageraciones de otros historiadores, simpatizantes de Macedonia; Filipo II, bárbaro tanto como griego, "mezcla sorprendente de franqueza brutal y de astucia sutil, de rigidez militar y diplomática ductilidad" (pág. 318); Alejandro, el "nuevo Aquiles" que "acaba por creerse de una raza que no es la común de los mortales" (pág. 331) y cuya muerte prematura engendra un nuevo período, universalista, durante el cual se verifica el encuentro cultural heleno-asiático, soñado por el genial conquistador —en Bactres, en Susa— como unánime *δύμνοια* ... Podrían multiplicarse los ejemplos de retratos certeros.

La Conclusión es, igualmente, una bella página de literatura histórica, en la que el A. hace un sumario balance del legado griego, todo armonía, buen sentido, razón, alegría e inteligencia lúcida. Esa cultura, escribe, "nos ofrece la experiencia de las múltiples maneras de gobernar a los hombres; después ya no se inventa nada en este dominio. Traza las rutas del espíritu; en arte, en religión, como en literatura, no hay nada que ella no supiera por lo menos iniciar. Asigna objetivos a la ciencia naciente. Da al mundo la lengua que esperaba: tan hermosa, que embellece cuanto traduce; tan clara, que sirve para fijar las ideas, hasta las más oscuras; tan dúctil, que todavía nos sirve para las palabras nuevas que forjamos..." (pág. 448).

Tales valores perennes, tales modelos *eis ael*, emergen con fuerza de los capítulos consagrados a los dioses y el culto, a la filosofía, las letras y el arte. Por su breve, mas sugerente evocación del pasado griego en todas sus manifestaciones, el libro de M. Cohen aquí reseñado es, si no un manual para los estudiosos, sí, desde luego, una obra estimulante, ideada para mantener viva la antorcha del Humanismo, aun entre los lectores poco versados en esa dorada tradición. Cumple así una finalidad educativa.

Lástima que un libro tan cuidado haya sido tan deficientemente vertido al español. Multitud de nombres aparecen mal transcritos, lo cual se ha de lamentar, habida cuenta de la buena presentación editorial. Señalemos algunos ejemplos tomados al azar y que deslucen la traducción: *minoenses* por *minoicos*; *carrienses* por *carios*; *locrienses* por *locrios*; *rodienses* por *rodios*; *paralienses* por *paralios*; *pedienses* por *pediones* o *pedeios*; *nomes* (los distritos de Egipto) por *nomos*; *pentathle* por *péntathlon*; *myste* por *mystes*; *thiase* por *thíasos*; *hetaires* por *heteros* o *hetairoi*; *Thapsaque* por *Thapsaco*; *Hyfase* por *Hyphasis* o *Hifasis*; *Diodota* por *Diodoto*; *Filopémenes* por *Filopemen*; *Orcomene* por *Orcomenos*; *Cyzeque* por *Cyzicus* o *Cícico*; *Panticapa* por *Panticapeon* o *Panticapaeum*; *Hefastos*, *Efestos*, etc., por *Hephaistos* o *Hefestos*; *Amasés* por *Amasis*; *Samético* por *Psamético*; *silion* por *sílfion* (la planta de Cirene); *Tigrana* por *Tigranes*; *Aulete* por *Auletés*; *Mithros* por *Mithra* o *Mithras*; *Aparneas*, *Aspamea*, etc., por *Apamea*; *Jehová* por *Yahveh*; *Atargates* por *Atargatis*; *Partenopa* por *Parténope*; *Histias* por *Histieo*; "la" *demos* por *el demos*; *petase* por *pétasos*; *Dídyme* por *Didyma*; *Sinapa* por *Sínope*; *Trapeconte* por *Trapezus* (*Trebisonda*); *Cátulo* por *Catulo*; *Endera* por *Denderah*; *et sic de coeteris*... Sería, pues, conveniente que en una próxima edición se corrigieran estos errores y erratas, que tanto afean el texto y, lo que es peor, llevan la confusión a lectores descosos, si no de erudición, sí, por lo menos, de exactitud.

Tres mapas y catorce láminas contribuyen a realzar el libro.

ECKART PETERICH: *Vom Glauben der Griechen*. Freiburg, Verlag Herder, 1953. 14 págs., 25 lám., 169, rúst.

Las relaciones de Peterich con el mundo de los griegos son vivas y directas, no crítico-históricas; y es satisfactorio ver cómo Peterich, al igual que Walter F. Otto y Franz Altheim, valora positivamente los dioses de la antigüedad. Con razón escribe Altheim (*Römische Geschichte*, II, Frankfurt a. M., 1951, pág. 28): "Hoy empezamos a considerar que un dios no es propiamente creación de su adorador. Nadie venera a un dios cuya creación pueda atribuirse a sí mismo. Los dioses son poderes existentes que, desde fuera, se inmiscuyen en la vida del hombre. Ellos constituyen las más grandes realidades, que no son inventadas arbitrariamente, sino que se constatan y reconocen como existentes".

La opinión de un católico de hoy —consignada aquí, es cierto, a propósito de los dioses griegos, pero valedera para toda la cultura antigua, e incluso fuera de ésta— es la siguiente: "Los dioses —escribe Peterich— se nos convierten en realidad espiritual de la más alta clase: en la verdad. Después de que toda falsedad, cual la que en los dioses griegos se refleja, que es primitiva y eterna verdad, aunque desde algún momento oscurecida, se ha desprendido de ellos (puesto que no puede subsistir a la luz de la Verdad revelada), aquella realidad espiritual se torna en algo completamente verdadero. Y es esta verdad, completa y por lo tanto eterna en los dioses griegos, lo que entre nosotros continúa y continuará actuando con siempre renovada fuerza, y nos da testimonio de Aquél que únicamente puede dar esa verdad, ya que sólo El es la Verdad" (pág. 10). Estas palabras expresan la actitud católica y occidental frente a los antiguos.

Las fotografías que completan la obra son una breve, pero buena ilustración a las ideas del texto.

ANTONIO BERGMANN

MARIE DELCOURT: *L'oracle de Delphes. Le site et son histoire. Les méthodes oraculaires*. Paris, Payot, 1955, 295 págs. in-89, rúst. 1.000 francos.

"Todo el Parnaso es divino": esta frase de Estrabón (*Geogr.*, IX, 3) sintetiza el fervor —no sólo religioso, también estético— de la antigüedad cuando se invocaba el santuario pítico. Efectivamente, según los viajeros, la gran belleza natural del lugar ejerce sobre el contemplador un efecto maravilloso. El paisaje es abrupto y, si se asciende a la cumbre más alta (2.459 mts.), puede abarcarse con la mirada Grecia entera: la pastoril Fócida, el Pindo que eleva sus crestas al NO., el Olimpo al septentrión, el Athos al NE., el Corax al poniente y, al mediodía, las cadenas del Peloponeso, entre las cuales se divisa el Taigeto laconio. Un bosque —el bosque sagrado de los olivos— extiende su área entre el Parnaso y el golfo corintio, surcado por el torrente Pleistos, allí donde Apolo mató a la serpiente Python. Y además de cautivador, ese lugar domina las rutas de la Grecia central.

Erigióse Delfos en la vertiente sur del Parnaso y a unos 500 mts. de altitud. Sobre tan venerables ruinas fué construída la aldea moderna de Kastri. Los autores griegos y los arqueólogos contemporáneos han hecho posible que hoy Delfos se conozca relativamente bien desde el punto de vista oracular y en sus diversos aspectos histó-

ricos, artísticos, topográficos, etc. Merced a las sistemáticas excavaciones que comenzaron en 1891, poderosa luz irradia de su vasto y asombroso recinto. Sin embargo, muchos problemas arqueológicos aguardan todavía una solución definitiva. Otro tanto cabe decir en orden al funcionamiento del oráculo, pues aún no se han despejado incógnitas muy importantes.

El más antiguo testimonio sobre Delfos lo constituye el *Himno a Apolo*, que la tradición helénica atribuyó siempre a Homero (cf. *Hymn.* 131 y 388-545). En la *Iliada* (IX, 404) y la *Odissea* (VIII, 79) se menciona la “rocosa Pito” como santuario del dios. Plutarco y Pausanias suministran en el ocaso de la cultura antigua noticias inapreciables sobre el templo, su organización, estado material, consultas de los fieles, la *pythia*, etc. (cf. del primero, *De defect. orac.*, 43, y del segundo *Perieg.*, X, 19, 4). Referencias aisladas, pero muy notables, se hallan en los restantes escritores paganos: Hesiodo, Esquilo, Píndaro, Sófocles, Tucídides, Varrón... Célebre es, asimismo, el fragmento de Heráclito (Diels, 92) acerca de la Sibila.

Entre los griegos era común la creencia de que Delfos, en cuanto oráculo, existía ya en las épocas prehelénicas. El *Himno a Apolo* relaciona a este dios con marineros cretenses, sus primeros iniciados y sacerdotes (*Hymn.*, 388). También Pausanias (X, 6, 7) y Píndaro (*Pyth.*, V, 52) hablan de tales nexos. Por su parte, Esquilo muestra a la Tierra como divinidad profética (Γαῖα πρωτομάντις, *Eum.*, 1-4), identificada en *Prometeo* (209-210) con Themis. Pues bien: los hallazgos arqueológicos han confirmado esos textos. Sabemos hoy que allí se practicó la mántica por incubación, asociada con el culto a los muertos. La naturaleza ctónica del *μαντεῖον* delfico se ha visto documentada por interesantes objetos (el *rython* en forma de cabeza de leona, que según Picard prueba el culto de una Rhea; las figurillas micénicas descubiertas en el primitivo santuario de Marmaria, habitado pronto por Athena y en donde se rindió culto a Gê, etc.), que delatan la influencia egeo-cretense de la Gran Diosa. No se olvide tampoco la idea de Delfos como *ὀμφαλὸς Γῆς* o “centro del mundo”, explicable mediante ese carácter ctónico (Paus., X, 16, 2) y de cuyo *omphalos* otra versión hacía la tumba del monstruo Python (Varrón, *De lingua lat.*, VII, 17).

Esta fábula —Python exterminada por Apolo— ilustra la oposición entre dos conceptos de la divinidad y el triunfo del olímpico sobre el ctónico. Apolo, dios de la luz, arrebató a Gê-Themis el cetro pitico, si bien conservando el oráculo. Es un “acaparador”, más que un usurpador (cf. H. Jeanmaire: *Dionysos*, Paris, Payot, 1951, p. 193). Hereda el santuario y la mántica, pero ya no de incubación, sino de inspiración. ¿Qué ha ocurrido para verificarse tal cambio? Erwin Rohde sostuvo a fines del siglo pasado que ello se debió a la presencia de Dionysos, el otro dios de Delfos. En el estado presente de las cuestiones resulta difícil y aventurado pronunciarse a favor o en contra de su tesis; no obstante, parece verosímil que la *Pythia* fué dionisiaca en su espíritu, aunque de aquí no se desprendan los orígenes dionisiacos del oráculo tal como se presentó a los ojos griegos desde el siglo VIII aproximadamente. Se trataba de una *μαντική ἔνθεος*, creyéndose la *Pythia* enajenada y poseída por el dios (*plena deo*): caso evidente de “entusiasmo”. Sin embargo, Apolo, no Dionysos, señoreaba el oráculo como hijo favorito de Zeus. A pesar del éxtasis, su acción reguladora, equilibrada, racional, condicionaba el funcionamiento del santuario. Pero entre Dionysos y Apolo la coexistencia dentro del mismo fué pacífica, como si existiera un acuerdo tácito o expreso entre ambas divinidades.

Cuando el mundo griego, tras el fecundo letargo de la “Edad Media”, inaugura su edad histórica lanzándose a juveniles empresas coloniales y dando forma a su máxima creación, la *polis*, el oráculo delfico interviene decisivamente como autoridad

suprema en asuntos religiosos, éticos y aun políticos. El cenit de su acción tutelar sobre las ciudades helénicas puede colocarse entre el 700 y el 500, siendo el siglo vi el de completo apogeo. Durante casi mil años —pues hasta el siglo iv de J. C. Delfos, más o menos lánguidamente, no cesó en tal labor— el santuario fué un poderoso lazo de unión, un vínculo panhelénico —juegos, anficiónía— que dotó a los griegos de cierta unidad espiritual, ya que no política. Si tuvo carácter sacerdotal y representó en este sentido una corporación influyentísima, no aspiró nunca, por otra parte, a instaurar un régimen teocrático. Durante un período tan febril, tan dinámico, a través del cual se fijaba por escrito la costumbre de los antepasados y bullían las ciudades en medio de una profunda transformación económica, social e ideológica, el oráculo recomendaba solamente, con un criterio muy conservador, el respeto a los usos y creencias tradicionales. La época preclásica de Grecia (desde el siglo viii hasta las guerras médicas) ostenta el cuño délfico en punto a fundación de colonias, culto de los héroes, legislación y catártica. La religión de Apolo, misional (cf. M. P. Nilsson: *A History of Greek Religion*. Engl. transl. 2nd ed., Oxford, Clarendon Press, 1952, p. 203), desempeñó así un papel cuyos benéficos resultados han sabido esclarecer sus más penetrantes investigadores. Sobre todo, Apolo era un dios legalista, cuyo sacerdocio pítico difundía la reverencia del *nomos* entre los hombres, mientras él aseguraba la paz con los dioses. En el plano moral hizo sentir el peso de la responsabilidad individual, condenando la venganza de sangre e instituyendo ritos de purificación que humanizaron el comportamiento social y privado. La huella ética de esta religión, aunque no muy honda, se refleja, por ejemplo, en las máximas de los Siete Sabios, la tragedia, Heródoto... Medida, ponderación, conciencia de los propios límites, razón: he aquí las principales enseñanzas que Delfos trasmitía. Contra la *ὑβρις* dejaba oír su voz siempre que se presentaba ocasión. El aforismo de Heráclito: "Es más urgente apagar la *hybris* que un incendio" (Diels, 43), revela ese magisterio délfico. Por tanto, dadas las doctrinas apolíneas, no debe extrañar que el oráculo —aristocrático y dorio por su espíritu— combatiera también acerbamente la tiranía (cf. Herod., V, 62 y 63), en particular a los Pisistrátidas y Ortagóridas.

Fácilmente se explica que un centro religioso tan vital para comprender muchos aspectos de la cultura griega, haya tentado a los especialistas, y que por lo mismo exista una copiosa bibliografía sobre el tema. No obstante, el número de estudios generales —si se compara con el de trabajos en torno a cuestiones de detalle, algunos excelentes: p. e., los de Persson, Smertenko, Poulsen, Holland y Amandry— es más bien reducido. A pesar de las autorizadas exposiciones de Dempsey, Carolina Lanzani y, singularmente, Parke, no se disponía de un libro que uniese a un saber filológico-arqueológico bien estructurado una calidad literaria que lo pusiera en manos de todos los lectores cultos. No lo teníamos, efectivamente, hasta que Mme. Marie Delcourt, ya conocida por algunos estudios importantes acerca de historia religiosa griega (entre otros, *Légendes et cultes de héros dans la Grèce ancienne*, 1942; *Oedipe ou la légende du Conquérrant*, 1944; *Les grands sanctuaires de la Grèce*, 1947), nos lo ha ofrecido en la obra que aquí se comenta. Su propósito es, no sólo compendiar lo dicho sobre el oráculo, sino, aún más: defender una tesis personal —muy sugestiva y erudita— sobre la Pythia, el funcionamiento del oráculo y, por tanto, sus métodos.

Mme. Delcourt, ante todo, nos describe el recinto sagrado, el *ιερόν*. Utilizando ampliamente los datos arqueológicos y epigráficos reunidos desde que Homolle emprendió las excavaciones —auspiciadas por la Escuela Francesa de Atenas—, sigue de cerca a Bourguet y Daux. Afirma que los orígenes del santuario se pierden en el

fondo de la prehistoria y que durante la edad prehelénica estuvo consagrado, ciertamente, a Gê-Themis con las características arriba expuestas. El temenos de los tiempos históricos medía unos 200 mts. de longitud por 120 de anchura. Incendiado el primer templo de que se tiene noticia, en 548, reconstruyéronlo magníficamente los Alcmeónidas; pero, a su vez, fué destruído en 373. Este segundo templo, erigido de nuevo, nos lo describe Pausanias y ha reaparecido en su plan bajo la piqueta de los arqueólogos franceses. No se diferencia gran cosa, por sus dimensiones, del Partenón. Dato curioso: ninguna imagen de Apolo se ha encontrado entre las ruinas. Esculpidas en los muros lucían las máximas de los Siete Sabios y la enigmática E, que se ha interpretado como "Tú eres", conforme a la lectura dada por Plutarco, gran iniciado en las religiones griegas de misterios. La A. prosigue su descripción del lugar, evocando las otras edificaciones que contribuían a la vistosidad del conjunto y, desde luego, los bellos "tesoros" de los atenienses, sifnios, etc., pues Delfos —en el pináculo de su grandeza— fué la mayor potencia financiera de Grecia.

Detrás de la *cella*, en el *ἄδυτον* o sagrario, hallábase el trípode sobre el cual se sentaba la Pythia cuando era consultada. Quizá la parte más original del libro sea ésta. Mme. Delcourt aventura una hipótesis atractiva, pero discutible. Tratábase de una vidente en edad madura, virgen o, por lo menos, sujeta a continencia rigurosa. Vivía recluída en el santuario. Tal ambiente sagrado tenía por fuerza que predisponerla al trance y crearle estados de ánimo peculiares. Su intuición —muy aguda— se ponía a prueba en el momento del éxtasis. Dictaba entonces el oráculo (*ἡ Πυθία χρεῖ*), que casi siempre consistía en una respuesta rápida a la pregunta del consultante, repitiendo afirmativamente uno de los términos. El fiel preveía y aun sugería tal respuesta: obteniéndola, lograba su paz espiritual y —si venía como delegado o embajador de una ciudad— llevaba a su patria el mensaje que calmaba las pasiones colectivas. La A. no acepta el supuesto efluvio de la grieta al borde de la cual, según la tradición, se inspiraba la Pythia: las excavaciones no han exhumado ninguna anfractuosidad del terreno en ese lugar, que permita sostener la acción narcotizante de unas emanaciones sulfurosas, por lo demás no atestiguadas. Tampoco cree que la Pythia estuviera sometida a la influencia de los profetas, que le sugerirían las respuestas oraculares. Por el contrario, élla habla enajenada, plena deo, bajo la irresistible acción del medio en que vive recluída, "No es la Pythia lo que explica Delfos, sino Delfos lo que justifica la sinceridad de la Pythia".

Realmente, ignoramos cómo funcionaba el oráculo. A pesar de las excavaciones, éstas no iluminan suficientemente al investigador que se adentra más allá de la *cella* para rasgar el velo. Los actores eran, además de la Pythia, los profetas y los "santos" o "puros" (*ἅσιοι*). Abundan los datos externos o indirectos, pero se nos escapan los hilos invisibles, de puertas adentro. Además, parece como si hubiese habido una destrucción metódica del templo, ya pagana, ya cristiana.

Las últimas páginas ofrecen interesantes consideraciones de la A. sobre el papel de Delfos en la formación de un vago sentimiento monoteísta. Algunos de los *hosioi* presintieron un Dios único (cf. pág. 230).

En suma: un hermoso libro, pero subjetivo. De todos modos, la inteligente profesora de la Universidad de Lieja ha llenado un vacío.

GIUSEPPE PREZZOLINI: *El legado de Italia*. Trad. de Carmen García Rodríguez. Madrid, Ediciones Pegaso, 1955. viii + 428 págs., 16^o, tela, 24 grabados. 110 pesetas.

De esta obra, publicada en inglés originariamente (por Vanni, de Nueva York), complace poseer una traducción al español, ya que es un buen *avviamento* a los estudios sobre la cultura italiana. Se compone de treinta capítulos —en rigor, treinta ensayos—, cuya materia desarrolló el A. en sus cursos de la Universidad de Columbia. Libro ideado para estudiantes norteamericanos principalmente, que desean tomar contacto con la civilización italiana —a través, sobre todo, de su literatura—, puede resultar muy útil a los de habla española, que tan necesitados están de familiarizarse con el opulento caudal humanístico de la península mediterránea.

Merecen destacarse los capítulos IV (Dante: el anti-italiano), IX (El Humanismo: un esplendor que ha costado caro a Italia), XV (Vico: el descubrimiento de la Ciencia), XX (Los aventureros) y XXVI (El Risorgimento).

No faltaban en inglés obras similares: por ejemplo, la editada por E. G. Gardner con la colaboración de C. Pellizzi, C. Foligno, T. Borenius, E. J. Dent y el propio editor (*A Companion to Italian Studies*, London, Methuen, 1934); pero ésta, más al día, es sumamente aconsejable.

ANTONIO ANTELO IGLESIAS

Primera Crónica General de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289. Publicada por RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, con la colaboración de Antonio G. Solalinde (†), Manuel Muñoz Cortés y José Gómez Pérez. 2 tomos. Madrid, Editorial Gredos, 1955. CCVIII + 853 págs., 28 × 20 cms., rúst. 350 pesetas.

Hace cuarenta años manifestaba el docto editor de esta crónica: “Las compilaciones anteriores, como la del Tudense, se contentan con ensartar una a continuación de otra las diversas obras de que se sirven. El Toledano desarrolla una idea más compleja de lo que debe ser la historia, trabajando para ampliar y coordinar las varias informaciones que utiliza. Pero la *Primera Crónica* marca después un adelanto sensible: el plan es mucho más amplio que en ninguna obra anterior, y el trabajo de información complementaria y de coordinación de fuentes cronológicas y narrativas es bastante complejo y personal para que podamos decir que por primera vez se ve en ella un intento de verdadera reconstrucción histórica”. Y añadía, concluyendo: “. . . si la *Primera Crónica* no es original en tratar el conjunto de los reinos peninsulares, si su historia de Navarra, Aragón y Portugal deriva del Toledano o del Tudense, recordemos que, además, es también nacional, porque no es mera historia de reyes, sino que procura reflejar la vida de los principales elementos de la nación; y la forma popular en que realiza esto, le dió éxito durable” (cf. R. MENÉNDEZ PIDAL: *La Crónica General de España que mandó componer Alfonso el Sabio*. Discurso de ingreso en la R. A. de la H. Madrid, Impr. Clásica, 1916, pp. 47 y 57).

Pese al favor de que siempre gozó tan singular monumento historiográfico, no sería editado hasta 1541 por el cronista imperial Florián de Ocampo, quien se valió al respecto de la *Tercera Crónica*, derivada de una versión vulgar y con adiciones de

la Segunda. En rigor, los proyectos encaminados a reeditarla críticamente —ya Zurita señaló, el primero, las graves imperfecciones del texto ocampiano— fracasaron desde entonces. Se dispuso realmente de un texto lo más depurado posible sólo cuando acometió esa tarea don Ramón Menéndez Pidal, hace medio siglo (Madrid, Bailly-Bailliére, 1906; t. V de la “Nueva Biblioteca de Autores Españoles”, dirig. por Menéndez y Pelayo), pero sin estudio preliminar en el cual se dilucidasen todos los puntos sujetos a examen. El editor lo prometió, es verdad, aunque empeños ineludibles obligáronle a diferirlo. Tal estudio, más una reimpresión de la crónica avalorada con el aparato crítico necesario, nos lo ofrece hoy gracias al concurso del Seminario “Menéndez Pidal”, que se creó en 1954 incorporado a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. El estudio (56 páginas de rica sustancia filológica e histórica) va seguido de una noticia sobre la traducción ampliada del Toledano, una descripción de los mss. y textos impresos aprovechados en la edición de la crónica, una merítisima relación de las fuentes que el equipo alfonsí manejó para redactar cada capítulo y, finalmente, un cómodo índice onomástico.

El nuevo estudio es, por tanto, una refundición del discurso académico ya citado. Si las conclusiones a que don Ramón llega, en su análisis de ahora, no se apartan mucho de las expuestas en 1916 por lo que toca al valor historiográfico, nacional, lingüístico y literario de la crónica, los datos sobre su elaboración y transmisión manuscrita sí modifican el estado de las cuestiones. El gran filólogo español utiliza en él tanto sus propias investigaciones posteriores como las ajenas acerca del tema.

Según la lista de mss. consultados —31— y, especialmente, la cuidadosa enumeración de fuentes capítulo por capítulo —en total 1.135—, el esfuerzo desplegado ha tenido que ser extraordinario. Constituye una prueba más de su admirable método, de la indiscutible maestría que asiste al autor y de la conveniencia de trabajar en equipo.

El señor Menéndez Pidal aduce buenas razones para reafirmar su tesis de que la *Primera Crónica General* comenzó a redactarse hacia 1270, y que en 1289 no estaba aún terminada. Lo mismo la versión oficial o regia (ms. E, signaturas Y-I-2 y X-I-4, de El Escorial, que el editor considera una unidad) que la vulgar (p. e., el ms. F, II-429, antiguamente 2-E-4, de la Real Biblioteca, o el ms. núm. 316 de la Biblioteca “Menéndez Pelayo”, de Santander), provienen de un borrador perdido cuyo autor fué Alfonso X y que debió de ultimarse antes de 1274. El Rey Sabio, ayudado por *trasladadores*, *ayuntadores* y *capituladores*, revisaba personalmente los trabajos y, como informado bibliófilo, escogía los libros utilizables, corrigiendo además el lenguaje. Su intervención en este sentido puede calificarse de decisiva, pues él dió materia y forma a la crónica. El primer volumen (códice E escurialense, de la cámara regia, Y-I-2) acabó de redactarse definitivamente bajo Alfonso X; el segundo (*íd.*, X-I-4), proseguíase durante el reinado de su hijo, pues esta parte “sufrió varios retoques actualizantes en tiempo de Sancho IV, y se le intercaló la fecha de 1289” (p. XXXIV). La versión vulgar se atiene más al estado primitivo del texto que la oficial.

El borrador perdido llevaba el relato —como en las dos versiones conocidas— hasta Fernando III. La primera parte de la Crónica, según se conserva, trata desde los orígenes hasta Don Pelayo (capítulos 1-565); es decir, de la población de España, los griegos, los *almujuces* u hombres del Norte, los cartagineses, romanos, germanos y godos. La segunda se ocupa de los reinos cristianos hasta el Rey Santo, pero falta el capítulo 1.135, a saber, el último de la crónica, que refería los milagros acacidos a la muerte de Fernando III. Al final de la primera parte se incluyen

el "Loor" y el "Duello", piezas interesantísimas desde el punto de vista no sólo historiográfico sino también literario.

Un precedente de la *Crónica General* se halla en el *Chronicon mundi* de don Lucas, obispo de Túy (el Tudense), datable hacia 1236. Este autor relaciona ya el pasado hispano con el universal, pero crítico y sin galanura estilística, su ensayo no tiene más valor que el de fuente solicitada por los compiladores alfonsíes después de la *Historia Gothica* y la *Historia Arabum* de don Rodrigo Ximénez de Rada († 1247), arzobispo de Toledo (el Toledano) y figura culminante del Medioevo peninsular. Es él, en efecto, la principal fuente para el Rey Sabio y sus colaboradores (aparte de otras perdidas, entre ellas la historia valenciana de Ben Alcama, los cronicones escritos por moriscos y que pertenecen a la literatura aljamiada, la tradición oral, etc.); especialmente para la Edad Media es el Toledano "seguido con más respeto, creído ciegamente mejor, y preferido su testimonio al del Tudense, tantas veces más fiel, sobre todo en la cronología" (p. XXXVII). Merece anotarse como útil contribución al estudio de esta fuente, la noticia, que figura en la edición, acerca de la *Traducción ampliada del Toledano*, fundamental para la segunda parte del reinado fernandino y compuesta por un autor coetáneo. Dicha traducción, en romance, fué extractada por el P. Pineda a comienzos del siglo xvii y suministró, además, elementos para la redacción de la Cuarta *Crónica General*, denominada también *Crónica General hasta 1454* o *Toledano continuado hasta 1454*. Los únicos datos que se poseen hoy sobre tal versión, asimismo perdida, son los indicados (cf. pp. LXIX-LXXII).

La parte alfonsí de la *Crónica*, ampliada bajo Sancho IV, encontraría un abreviador en el Infante don Juan Manuel, hacia 1320: "cree estudiar —dice don Ramón— la *Crónica General* del rey su tío, y se engaña; lo que estudia es una refundición discrepante del texto original; se equivoca él, a pesar de ser bibliófilo literato, gran admirador de su regio pariente" (p. LIV). Otras derivaciones son: la *ocampiana*, editada en el siglo xvi; la *Crónica de Veinte Reyes*; la de *Castilla*; la *General de 1344*, "obra de un anónimo portugués (sin duda el conde don Pedro de Barcelos), el más fiel discípulo del Rey Sabio, cautivado por el vasto ideal histórico que animó la obra del primer autor" (p. LV), editada por L. F. Lindley Cintra (*Crónica Geral de Espanha de 1344*, Lisboa, 1951); la de 1404 y otras, hasta la *Toledana* de 1460, debida a un converso. Tan grande fortuna de la obra alfonsí justificase plenamente, como ahora veremos. "Una obra tiene vida tradicional —expone el señor Menéndez Pidal— cuando todo el que la transmite la mira como propiedad común, no como obra intangible de un autor que reclama respetuosa fidelidad en su transmisión; la siente como cosa propia, suya tanto como de los demás, y, al repetirla en la copia manuscrita, introduce en ella las mudanzas que a su leal saber y entender le parecen evidentes. Así podemos sentar esta afirmación que puede parecer chocante: la *Crónica General* de España, aunque obra en prosa, vivió en incesantes refundiciones escritas, como las obras tradicionales poéticas viven en continuas refundiciones orales. Cada manuscrito de la *Crónica de España* es, en más o menos grado, una refundición. De ahí la gran dificultad para clasificar y seriar los cientos de códices conservados, todos diferentes entre sí" (p. LIV). Consignemos, además, las traducciones: gallega, portuguesa y árabe...

¿En qué reside la importancia excepcional de esta joya historiográfica? Para los hispanohablantes, no sólo peninsulares sino en general, no cabe duda que representa un luminoso jalón entre cuantos marcan la trayectoria de nuestra lengua como instrumento literario.

1º Característica esencial de la *Primera Crónica* es que se redacta en lengua vulgar. Constituye el primer intento literario dentro del género. La prosa castellana se iba configurando artísticamente en el transcurso del siglo XIII, pero bajo Fernando el Santo alcanzaría un nivel expresivo hasta entonces insospechado; nivel que su preclaro hijo elevó dotándola de vigor, flexibilidad y riqueza. El señor Menéndez Pidal reduce las notas de la prosa alfonsina a dos muy sobresalientes: la concisión y el purismo. “Alfonso X —escribe—, al planear y realizar el importante esfuerzo de una primera construcción histórica en lenguaje vulgar, puede decirse que también crea la forma externa de la misma, dando nacimiento a la prosa literaria castellana, que desde el comienzo se revela como la primera entre las otras vulgares de la Península”. Y agrega: “Los idiomas de Francia y de Italia no tenían nada semejante cuando Alfonso X vulgarizó la historia general. La prosa narrativa se empleaba allí en importantes relatos de sucesos particulares; ya había escrito un Villehardouin; pero la historia general de la nación aún tardará mucho en tener un verdadero monumento vulgar” (p. LII).

Tal actividad castellanista de orden científico-literario, en la corte alfonsí, ¿es únicamente explicable por la voluntad real o —como pretende Américo Castro— por el interés judío en verter al romance obras sabias y enjundiosas, normalmente arábigas, para con ello aumentar su prepotencia cultural sobre los príncipes y magnates de Castilla? “Alfonso X —sostiene Castro— no se habría arrojado a ordenar la redacción en castellano de la historia del mundo, de la ciencia astronómica y de la enciclopedia jurídica de su tiempo, de no haber tenido junto a sí a un grupo de sabios que le descubriera la ciencia encerrada en los libros arábigos y latinos, y mostrara al mismo tiempo más interés en cultivar el romance que el latín, lengua de la cristiandad europea. Ese interés lo sentirían sobre todo los judíos” (Cf. *España en su historia*, Buenos Aires, Losada, 1948, pp. 493-4). He aquí una apreciación, controvertible pero sugestiva. Lo que llama Castro “el horizonte vital de Alfonso el Sabio” (p. 478), esto es, su medio humano y su visión del mundo, cristiano-oriental, ha de ser esclarecido forzosamente si aspiramos a comprender su política de cultura.

2º La segunda característica que presenta la *Crónica* atañe al período romano. La historia de España se consideraba, hasta el *De rebus Hispaniae* del arzobispo D. Rodrigo, como “historia gótica”; empero, tal concepto aparece superado en la obra alfonsí por cuanto se introduce en ella la novedad de fusionar el pasado nacional con el romano, y de ahí una mayor opulencia textual (a los autores de *gestis Romanorum* e historiadores frecuentados por los eruditos medievales, sumanse Lucano y Orosio como fuentes predilectas al lado de Ovidio, Floro, Justino, Eusebio y el Belvacense), que al propio tiempo ensancha las perspectivas históricas. El universalismo alfonsí resplandece poderoso en los 341 capítulos de la *Crónica* dedicados a Roma: si el Tudense, p. e., separaba o yuxtaponía lo romano y lo peninsular, el Rey Sabio integra los dos procesos históricos en una orgánica unidad. Semejante concepción diferencia netamente su quehacer historiográfico del altomedieval e incluso del que observamos en los inmediatos precursores ya mencionados. Por otra parte, la honda estimación de Roma permite hablar —Menéndez Pidal lo subraya— de cierto clasicismo alfonsí, prerrenacentista, al que no es ajeno el “fecho del Imperio”.

3º El editor de la crónica insiste también sobre el espíritu “nacional” que da impulso —un impulso nuevo y brioso— a toda la obra. Si con anterioridad a Al-

fonso X se registran actitudes patrióticas muy significativas en orden a la historia, como es el caso del *Epítome Ovetense* (siglo IX) o el de la *Crónica Najerense* (siglo XII), tan sólo hacia 1250 —cuando Fernando III ejerce su señorío “de mar a mar” en la Península— están los reinos cristianos a punto de coronar la magna epopeya de la Reconquista. Por doquiera soplan auras unitarias. En otro lugar ha recordado bellamente don Ramón (cf. *Los españoles en la Historia*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1951, pp. 85-90) cómo a mediados del siglo XIII, en efecto, se opera un cambio decisivo en la fisonomía político-cultural de Castilla y León —también en Aragón y Cataluña—, merced a cuatro formas de unidad: a) la unidad de empresa militar contra el Islam; b) la unidad política de raigambre astur-leonesa, que se remonta a la época isidoriana; c) la unidad cultural, cristiano-romano-gótica; y d) la unidad dinástica, por los enlaces matrimoniales entre los reyes hispanos. Tales sentimientos y realidades comunitarios favorecían el plan de una *Historia de España* pensada “nacionalmente”. Ya don Rodrigo, el Toledano —más aún que el Tudense—, exteriorizó ese anhelo de unidad, tan bien estudiado por el señor Menéndez Pidal en diversas obras suyas (*La España del Cid*, *El Imperio Hispánico* y *los Cinco Reinos*, etc.) y, recientemente, por José Antonio Maravall, ilustrador del concepto medieval de España. Pero el anhelo adquiere total vigencia en la *Primera Crónica General*. Leyendo el Prólogo de ésta nos persuadimos al momento de que no era otro el ideal regio: contar el “fecho d’Espanna”, “el comienzo de los espannoles”, “et como fueron los cristianos despues cobrando la tierra; et del danno que uino en ella por partir los regnos, por que se non pudo cobrar tan ayna; et despues cuemo la ayunto Dios, et por quales maneras et en qual tiempo, et quales reyes ganaron la tierra fasta en el mar Meditarreneo...” (F. 2, p. 4). El eco isidoriano se percibe también claramente en el “Loor” de España, lugar común de la retórica del Bajo Imperio romano, y de altísimos quilates en la *Laus Spanie* del hispalense. Toledo y Sevilla, esos dos grandes centros de la cultura visigótica, se hallaban ya en poder de los cristianos.

4º Por último, la intrusión de materia épica en el cuerpo de la narración histórica —rasgo peculiar de la segunda parte— es otra característica fundamental de la *Crónica*. Desde Alfonso III se utilizaba, ciertamente, la tradición oral como simple relato o como poesía heroica; sin embargo, los compiladores de Alfonso X, que escriben en romance para el auditorio de los juglares, infunden calor y color vitales a su narración, prosificando cantares de gesta, recogiendo leyendas y salvando así tesoros épicos de subido valor, no sólo artístico sino también histórico. Fernán González, Bernardo del Carpio, los Infantes de Salas, el Cid, la estoria de Doña Zaida y Alfonso VI, el *Cantar de Zamora*, etc., suministran abundantes temas a la *Crónica*, que nos ha legado reliquias de toda una producción desconocida y perdida. Ello demuestra que la *Crónica* se compuso más para ser escuchada que leída: lo juglaresco seguía dando el tono. “El creador de la historiografía en lengua vulgar —reitera el señor Menéndez Pidal, volviendo sobre una cuestión por él magistralmente zanjada—, al dar la más franca acogida a los relatos heroicos, responde al carácter dominante de la épica española, mucho más histórica, más verista que la francesa, y por eso, más útil como testimonio atendible” (p. XLIV). La *Primera Crónica General* es un hermoso ejemplo de cómo la historia y la epopeya nacen, maduran y evolucionan juntas. El sentido político de tal compenetración entre la historia oficial (monárquica) y la epopeya (juglaresca, popular), no se le escapa tampoco: “Nada más

infundado —advierte— que suponer en la *Crónica* regia un espíritu hostil contra el héroe popular enemigo de la realeza, hostilidad ideada por R. Dozy y aceptada por Ríos, desconociendo por completo el valor de la compilación alfonsí en el desarrollo de la historiografía española” (p. XLII).

Bienvenida, pues, la nueva edición de esta inagotable fuente que es la *Crónica General*. Pulcramente impresa, con un estudio preliminar tan concienzudo y, además, brindando al especialista una verdadera mina erudita que allana su labor y plantea a la vez otros apasionantes problemas, honra grandemente a su insigne autor y al ya consagrado Seminario de la Facultad madrileña.

ANTONIO ANTELO IGLESIAS